

El tren serpeaba en los recovecos del bosque, un bosque a trechos hirsuto y seco, a ratos ubérrimo y frondoso, empinado en colinas y montañas, lujuriente en valles y vaguadas. Silbaba a trechos y parecía detenerse complacido a la belleza del paisaje y a la dulzura del sol. Era tan lenta su marcha y tan atractivos los pinos y los helechos del bosque circundante que ambos decidieron prescindir por unos momentos del tren para estirar las piernas, complacerse con el olor a resina y solazarse en perspectivas vírgenes de toda intromisión perturbadora.

A Tom le dió por silvar alegres melodías juveniles, devuelto al frescor adolescente de sus quince años. Gary estaba hambriento de sensaciones agrestes, olvidadas a todo lo largo de su trabajo en las minas. No hablaba ni silbaba. Lo contemplaba todo con absoluta entrega, con plena adhesión, mientras el pequeño tren serpeaba en los recovecos del bosque a la suave velocidad consabida.

Una ardilla inquieta saltó de la alta rama de un pino a la cima vibrátil de una encina de tronco agrietado. La cola de la ardilla dibujó en el aire un expresivo y fugaz signo de admiración.

—¿Has visto?— dijo Tom.

—He visto.

—Un animal estupendo, Come piñones.

—Mi padre tuvo una, encerrada en una jaula. Se metía en una rueda y la hacía girar. Mi hermano mayor que entonces estudiaba ciencias dijo que estos animales, convenientemente adiestrados, podrían ser utilizados para la creación de energía. No está mal pensado.

—No. No está mal. Pero sería lástima, ¡pobres camaradas. Tan vivarachos, tan alegres, tan bellos.... encerrarlos en una jaula es como plantar un pino en una maceta o tomar el sol a través de un cristal.

Seguían una senda que iba ensanchándose y que aparecía bordeada a trechos por grandes bloques de piedras, ovalados, musgosos, cálizos, seguramente producto de un prehistórico fenómeno volcánico.

Habían perdido de vista al tren, oculto tras un estribo, si bien no lejos aparecían los postes del teléfono y aun un buen tramo de la ennegrecida vía.

—Cuando no estaba electrificada esta vía, habría gran peligro de incendio.

—Circula sólo de día. El maquinista y el fogonero son de estas montañas y las aman entrañablemente. Imagino que calentarían la caldera a garrotazos cuando pasaban por aquí.

Llegaron aun altillo y quedaron desagradablemente sorprendidos al ver que el tren se les había adelantado a distancia inesperada.

—Pero, ¿cómo es posible?

Gary no dijo nada y echó a correr. Tom le siguió. Habían subido al tren en Masson y debían llegar inexcusablemente a Wnifer antes de las quince horas. Las maletas estaban en el tren y si no lo alcanzaban, seguirían hasta Loguis, Rewling y más allá.

Corrían árdamente por el sendero seco y lleno de guijarros sin advertir las bellezas del paisaje, la suavidad del sol y la danza vibrátil de las ardillas. Pero el tren

también corría. Había aumentado su velocidad y difícilmente podría ser alcanzado. Un momento Tom estuvo cerca de él, encima de un morro basáltico al pie del cual estaban pasando las últimas vagonetas cargadas de grava. No se decidió a saltar sobre una de ellas como en las rancias películas de cowboys por explicable temor a romperse los huesos.

Cien metros más allá el tren disminuyó en parte su velocidad, pero los dos amigos estaban agotados y sus piernas parecían estar atadas a una arroba de plomo. Seguían intentando alcanzarle en una marcha alucinante, casi desesperada. En su mente aparecieron, entre tanto, estampas ciertas o imaginadas de terribles situaciones de peligro. Gary se veía corriendo, horrorizado, delante de la locomotora en marcha; luego, de pie y en difícil equilibrio sobre el parachoques delantero, contemplaba el rápido deslizarse de las traviesas mientras esquivaba difícilmente las ramas de pino que cubrían la vía e intentaban azotarle despiadadamente. Tom recordaba aquella vez que, con su madre, fué a visitar la catástrofe de Herlow: El tren aparecía en el fondo de la barranca, como un montón de astillas y de chatarra. Aun quedaban heridos y muertos que extraer de allí y se oían algunos lamentos. Con su madre cruzaron el puente con sumo cuidado. Unos maderos ofrecían muy mal aspecto y la altura era considerable.

—Maldito. No lo vamos a alcanzar.

—Se está burlando de nosotros.

—¿Y si llamáramos al maquinista?

No puede oír y además no me queda aliento para nada.

—Vamos a dejar esta persecución inútil.

—Y, ¿qué hacemos?

—Aquí arriba está la carretera. Esperaremos un coche que nos lleve a Wnifer.

Gary miró el tren y comprendió que esta era la única solución sensata. Así es que dejaron de seguir aquel camino y se dirigieron hacia la carretera. La vieron pronto pero aparecía sobre ellos, a una altura de cincuenta metros, en la vertiente agudamente empinada de la montaña.

Agarrándose a los matojos, asegurando el pie entre pedruscos y el tallo de zarzas y tomillos lograron escalar la vertiente, Tom fué el primero en alcanzar la valla de red alámbrica que, en la curva, trata de proteger a los vehículos de atroces caídas. Oyó entonces el zumbido de un motor y gritó con todas sus fuerzas. Era la suya una voz angustiada, ronca y casi primitiva. Gary también gritó y casi estuvo a punto de perder el equilibrio, rodando fondo.

El Ford era del veterinario de San Ivo que accedió a llevarles hasta Wnifer. Ya más tranquilos conversaron con Stan Malones, el veterinario, y hasta Gary explicó aquel chiste del caracol y el elefante que siempre desembucha cuando está de buen humor.

En la estación de Wnifer tuvieron que esperar media hora la llegada del tren. El maquinista aseguró que les había visto correr y que estuvo detenido esperándoles cerca de diez minutos en la garganta de los seis jefes cheyenes. — Antonio Miralles Manresa